

EL JUDAÍSMO: PASADO, PRESENTE Y FUTURO¹

Lucila Pautrat, 2005

Küng, H. (1993), en *El Judaísmo: Pasado, Presente y Futuro*, señala: “Desde la “toma de la tierra” de Palestina, el pueblo de Israel es una magnitud histórica palpable”. La historia del pueblo de Israel se construye en procesos de larga duración, los cuales se pueden identificar como seis períodos (macro-constelaciones) dependiendo de sus características y su dominancia sobre la historia. Estos paradigmas son: 1. De las tribus del Israel primitivo; 2. Del Reino Davídico; 3. De la Teocracia post-exílica; 4. El Rabínico sinagoga del Medioevo judío; 5. El moderno; y 6. El postmoderno. Son los períodos de crisis los que subyacen y conducen a una “nueva constelación de convicciones, valores y modos de comportamiento compartidos por los miembros de la comunidad”. A ellos se sobreponen la fe y la praxis de la fe judía como constante que garantiza la continuidad de la identidad en la discontinuidad histórica, con la posibilidad siempre abierta de nuevos paradigmas.

El paradigma de la protoconstitución de Israel fue y sigue siendo fundamental en la historia del pueblo judío, en tanto centra su esencia en el problema de la toma de la tierra. Investigaciones desde los ámbitos arqueológicos, sociológicos e histórico-tradicionales han considerado tres hipótesis sobre las causas y procesos que comprenden la toma de la tierra. 1). Modelo de conquista: supone una dilatada toma de posesión mediante inmigración en oleadas de nómadas guerreros provenientes del desierto. La evidencia arqueológica sugiere que muchos de los lugares mencionados por la Biblia no contienen resto alguno del Bronce tardío, y las regiones cananeas no ofrecen testimonios de haber sido ocupadas por israelitas antes del siglo X. 2). Modelo de inmigración (infiltración lenta) se basa en la tradición histórica y supone una sucesiva sedentarización pacífica de nómadas pastores de ganado menor procedentes de las zonas fronterizas con la estepa y el desierto. 3). Modelo de la transformación social: supone procesos de transformación interna de la población a finales de la Edad de Bronce (1200 AC), que pudieron haber sido movimientos pacíficos de deposición del poder llevados a cabo por campesinos y arrendatarios esclavos contra el dominio de las ciudades-Estado cananeas; o se trató de una revuelta política dirigida por campesinos organizados en tribus, o pastores nómades, mercenarios y *outlaws* que arremetieron contra las ciudades cananeas. El estado de las investigaciones propone que la segunda hipótesis es la más cercana, mientras que la arqueología se inclina hacia la afirmación de una subversión social ligada a enfrentamientos violentos y destrucción de ciudades. Sin embargo, una visión integrada del problema obliga a incluir en el análisis los datos bíblicos y la tradición que señalan que “los padres de Israel vinieron del desierto”. De allí la necesidad de integrar los modelos de conquista e inmigración;

¹ Küng, H. 1993. *El Judaísmo, Pasado, Presente y Futuro*. En: *Historia y desarrollo del Judaísmo*. Ed. Trotta. Pp: 68 – 102.

subversión social con la exégesis histórico-crítica de los textos bíblicos, en un modelo socio-político y religioso integrado.

El grupo de Moisés o del éxodo, debió ser al menos el catalizador del proceso de subversión social. Creían en Yahvé y trajeron consigo las tradiciones de la salida de Egipto, el paso por el Mar de las Cañas y de una alianza hecha en el Monte de Dios. La creencia en Yahvé era el núcleo cohesionador de las fuerzas sociales que contribuyeron a la formación del pueblo; amalgamándose lentamente pasó de ser una unión de adoradores, a una coalición de adoradores de Yahvé. Sin embargo, si bien los textos veterotestamentarios no constituyen una fuente satisfactoria para dar respuesta a la complejidad histórica, de otro lado, negar su valor como antecedente para las épocas promonárquicas y pre-exílica desvaloriza la importancia de esta narrativa en la construcción de la identidad de Israel como pueblo en su configuración postexílica. Donner sostiene que la convicción de que Israel vino del desierto, enraizada en la tradición del Antiguo Testamento, constituyó un estímulo para la formación de una conciencia comunitaria israelita y que se debió sobretodo a estos grupos, uno de los cuales vinieron del sur y otros del este. Portadores de las tradiciones constitutivas, estos clanes familiares fueron asentándose con características regionales particulares, pero que se sentían emparentadas con otros que vivían en condiciones similares. Así, la toma de la tierra y los comienzos del pueblo de Israel son procesos que coinciden y se dan de manera simultánea. Pese a ello existen diferencias fundamentales entre la religión cananea y la israelita. La creencia en Yahvé, procedente del desierto, comenzó a imponerse en Palestina convirtiendo a las tribus en comunidades de destino y comunidad narrante.

La formación del pueblo de Israel tiene como centro constante y fundamento permanente de la religión judía la creencia en Yahvé bajo la estructura “un Dios, un pueblo, una tierra”, en la cual se dibuja la relación e historia socio-religiosa de un pueblo con su Dios. Wellhausen señala: *“la necesidad hizo que las tribus emparentadas se fusionaran en un pueblo en tiempos de Moisés, unidad que fue santificada por Yahvé, que existía con anterioridad, y que pasó a ser el centro de este pueblo. Yahvé, el Dios de Israel; Israel, el pueblo de Dios. Allí está el principio permanente de la ulterior historia político-religiosa”*. Esta relación queda sellada en el concepto de “Alianza”, que incluye la soberanía de Dios y la comunión con Dios. Durante la etapa pre-estatal, las grandes familias israelitas, clanes, aldeas y tribus se habrían coaligado como una unidad religiosa y nacional, sin que todavía alcanzaran una unidad organizativa uniforme. La fe común en el uno y mismo Dios constituyó el elemento cohesionador en lo político, a la vez que la fusión política intensificó la fe. Esta Alianza engloba las experiencias y recuerdos de la elección un pueblo, la soberanía exigente y la comunión permanente con Dios.

En un tiempo en el que la política y la religión eran prácticamente inseparables, las realidades político-regionales y las religiosas como la creencia en Yahvé jugaron un rol protagónico que

las tribus asumieron de forma creciente. La evolución político-religiosa condujo a la constelación de grandes familias coaligadas en una comunidad intertribal llamada Israel, israelitas, tribus (o pueblo) de Israel (o de Yahvé). La estructura socio-religiosa de los s. XII – XI AC se caracterizó por un inicio como federación nacional y religiosa, flexible y dinámica, de jerarquía patriarcal, que fue ganando cohesión en torno a la fe en un Dios que constituyó la base para la auto comprensión de Israel. Carecían de un vértice monárquico o estructura gubernamental. Se presupone la existencia de santuarios de Yahvé y un sacerdocio, pero predominaron las figuras carismáticas salvadoras. Carecían de un ejército, y no se hablaba de fronteras firmes, sino de la tierra.

El paso de la sociedad tribal a una nación-Estado respondió a procesos de crisis socio-religiosa que fueron madurando en largos periodos del Hierro temprano. Entre estos destacan: la necesidad de una coordinación interna duradera y de una defensa común permanente frente a las amenazas externas de invasiones provenientes de los filisteos, así como el desarrollo de la población, colonización, economía, evolución de la técnica artesanal y militar, y cambios en la estructura social que constituyeron el marco de la vida religiosa y social. La primera forma de organización monárquica se da al mando de un Jefe militar que consolida la unificación y profesionalización de un ejército nacional. Los vacíos de poder generados por la debilidad de los imperios egipcios y mesopotámicos permitieron el establecimiento de la monarquía en Israel. Sin embargo, al interior del pueblo, hubo oposiciones a que la soberanía del rey sustituyera al dominio exclusivo de Yahvé; protesta que se alimentaba de motivos políticos y religiosos. De otro lado, textos pro-monárquicos justificaban su establecimiento como otorgada por Yahvé a petición del pueblo y al servicio de la religión. Saúl (1012-1004) fue el primer rey militar nombrado. Sin embargo, sus fracasos militares lo llevaron a un final fatal, dando por culminada esta etapa de transición hacia la consolidación monárquica.

David (1004-965 AC) era un judío de origen humilde, natural de Belén, que, habiendo pertenecido al séquito de Saúl, supo aprovechar las posibilidades del nuevo orden político para constituirse en el gran paradigma regio del judaísmo. La conjunción de las circunstancias estructurales de la política interior y exterior, con las dotes de militar, estrategia y visionario de David, catapultaron su meteórico ascenso al poder y el cambio definitivo de época. Así la historiografía propiamente dicha de Israel se inicia con David, hecho que es respaldado por la tradición bíblica. David logró la consolidación de la unificación territorial del reino (Israel al norte y Judá al sur) en un gran reino israelita de dimensiones considerables y bajo una estructuración política próspera. Adicionalmente, convirtió a Jerusalén no sólo en el centro de unificación del reino, sino en una ciudad santa a donde fue introducido Yahvé y el “Arca de Dios”, símbolo de la federación tribal “yahvetizando” la administración cáltico-sacerdotal cananea; y fusionando los poderes religiosos con la administración civil y militar, en una nueva religión de Estado. El ingreso del Arca con David a la cabeza representaba, por un lado, la

continuidad del reino vinculado por su pasado, y de otro, el comienzo de una nueva época que terminará con la destrucción del primer templo (587/86 AC). El ideal paradigmático del reino de David consiste en: 1). Un Israel rígidamente organizado y estatalizado, unido bajo la guía davídica; 2). Jerusalén como centro religioso y político del reino; 3). Un ejército fuerte, una administración eficiente, un clero integrado en el Estado; 4) una identidad nacional dentro de las fronteras seguras de un gran reino. Sobre esto último, la astucia diplomática y estrategia militar de David se fusionaron para dar como resultado una política exterior altamente expansiva: convirtió una guerra defensiva en expedición de conquista logrando incorporar regiones no israelitas. Durante el reinado de David, el Estado nacional israelita comprendía territorios desde el Líbano al Eufrates, el país de los hititas hasta el Mediterráneo. David también supo hacer frente a las rebeliones internas de tribus que pugnaban por su independencia, así como a las revueltas e intrigas, consolidando su hegemonía. Así su imagen fue idealizada de forma creciente en el curso de la historia, llegando a la esperanza de un Mesías que, como el rey davídico, ideal del fin de los tiempos, restaurara el reino y realizara la promesa de una soberanía perdurable. David fue para todo Israel una figura de esperanza y de orientación profética; figura carismática de la espiritualidad que dejó huellas en el judaísmo de todos los tiempos y matices.

La imagen de David varía según los diversos grupos judíos, y ha sido actualizada según las necesidades de cada nueva época. En los escritos rabínicos del judaísmo medieval se presenta a David de tres formas: 1). El Orante y profeta ejemplar por el que ha llegado la palabra de Dios y ha compuesto los Salmos. Actúa con la mirada puesta en la asamblea orante israelita (rabínica); o como el ejemplar observante y maestro de la Ley que la estudia y observa de manera permanente y detallada; 3) pero también como el pecador y penitente ejemplar que lamenta amargamente su adulterio y el asesinato del marido de Betsabé. Aún cuando se le critica su autosuficiencia, el no haber educado a sus hijos, ordenar el censo por motivos interesados, casi se le disculpa el adulterio. De otro lado, no se tenía certeza de la ascendencia judía de David, por lo cual los rabinos se encargaron de construirla; llegando a encumbrarlo teológicamente hasta convertirlo en un arquetipo de Dios. Los rabinos también estaban interesados en evitar interpretaciones equivocadas de la imagen de David, y que esta fuera utilizada por fanáticos mesiánicos para aventuras políticas peligrosas. Los antecedentes políticos de David fueron reavivados por el Sionismo que fundamenta sus pretensiones territoriales y respecto a Jerusalén en el ideal del reino davídico. El primer congreso sionista (Basilea 1897) establece la estrella de David como emblema. Este se encuentra en el judaísmo desde los albores de la Edad Media, siendo difundida en el s. XV por el cabalista Isaac Luria. En 1948 pasa a formar parte de la bandera del Estado de Israel.

En los escritos del cristianismo primitivo se profesa respeto por David y se le reconoce como autor de los Salmos, ejemplo de religiosidad y profeta de la revelación. Sin embargo, es el

evangelio de Mateo quien presenta a Jesús de Nazaret como descendiente directo de David. Mateo y Lucas insisten en Belén como lugar de nacimiento de Jesús en alusión a la llegada del Mesías profetizada por Miqueas; sin embargo, numerosos exegetas cristianos piensan que esto se añadió en tiempos posteriores por motivos teológicos. El título “hijo de David” fue inicialmente utilizado para resaltar el sentido teológico-escatológico del pensamiento judío, convirtiendo a Jesús, por analogía, en “hijo de Dios”, al igual que David, como entronización de un hombre en el poder regio, como representante de Dios y vicario suyo en la tierra. Sin embargo, la helenización del cristianismo trajo consigo una interpretación físico-metafísica de la filiación de Jesús, y el cambio del título de “hijo de David” en “hijo de Dios”, “hijo del hombre” y “Khristos” en el seno de las primeras comunidades cristianas que hablaban griego. Posteriormente David continuó siendo una figura popular. Fue representado en diversas obras de arte, fue modelo político para los soberanos cristianos de la Edad Media; la jerarquía eclesiástica encontró en él una instancia de legitimación para que el papa ungiera a reyes y emperadores. Fue patrono de las escuelas de música y cantantes. El Renacimiento y el Barroco lo representaron como héroe atlético y juvenil. David también es una figura importante en el Corán. Escritores árabes preislámicos alaban a David y a Salomón. En el Corán es reconocido como un auténtico profeta receptor de la revelación divina y autor de los Salmos. Aparece como Khalifa de Alá que juzga con rectitud. Incluso se señala que David y Jesús habrían maldecido a los infieles hijos de Israel. Otras referencias aluden a la legendaria victoria de David sobre Goliat.

Tras la muerte de David se inicia la época de los reyes, que dura 400 años. La política matrimonial de David para consolidar el poder y su prolífica descendencia (19 hijos) trajo una serie de inconvenientes y hechos trágicos para definir su sucesión. El ascenso de Salomón al trono en medio de intrigas y traiciones, así como la eliminación inmediata de toda oposición, incluyendo a sus hermanos, muestra una imagen histórica disonante con la versión bíblica de su sabiduría y la autoría de 3000 proverbios y 1005 canciones. El primer libro de Reyes presenta una secuencia lógica del gobierno de Salomón: su sabiduría, construcciones, comercio, pero también su idolatría y final. Aún cuando se le atribuyen otras literarias como Proverbios, Cantar de los Cantares, Eclesiastés y Sabiduría, autores posteriores señalan que estos son pseudo-epígrafos de épocas posteriores, que intentaron idealizar la imagen Salomónica, tan diferente del personaje histórico. A Salomón se atribuye la construcción de un magnífico Templo, pero más modesto que su palacio. Como propiedad de la dinastía davídica el templo es un santuario central de Israel y del Estado al que asigna un clero real, hereditario y funcional. Frente a la *casa de Yahvé* el “arca de Dios” pierde importancia. El rey asume funciones sacerdotales permanentes. El absolutismo de Salomón se expresa en múltiples construcciones, fortificaciones, el reforzamiento del ejército, el lujo de la corte y la promoción de las artes y ciencias; expansión del comercio y reforzamiento de las relaciones internacionales mediante el matrimonio con un harén de extranjeras cuyos dioses exigían

cultos especiales en Jerusalén. De otro lado, los costos de una lujosa cultura urbana y un rígido gobierno central con doce distritos administrativos (excluyendo a Judá) fueron solventados con impuestos onerosos y trabajo forzado, que alejaban cada vez más al rey de su pueblo. Para las construcciones fortificadas se reclutaron esclavos de guerra y esclavos por deudas, obligando a los pobladores a vender sus tierras y generando un empobrecimiento de las masas. Salomón incluso llegó a vender pueblos y ciudades para solventar dichas construcciones.

Hacia el 927 AC se produce la separación del reino del norte, Israel, y del reino del sur, Judá; al mismo tiempo que se perdían los territorios conquistados. Israel, más grande y fuerte tenía como capital Samaria. En Israel primaba el ideal del rey carismático, más que dinástico. La población era mayoritariamente cananea por lo cual se permitió el culto a dioses extranjeros y templos con representaciones paganas de Yahvé. Aquí surgió también una fuerte oposición profética que trató de erradicar santuarios y cultos. En el sur, el reino de Judá, apartado y cerrado, tenía como capital Jerusalén. Mantuvieron la sucesión hereditaria davídica y estuvieron alejados de la gran política mundial hasta que Egipto invadió Palestina. También se permitió el culto cananeo y el sincretismo, ante los cuales surge el movimiento profético clásico que marca a la religión israelita como típicamente profética.

La figura del profeta ha sido confundida con adivinos, extáticos, videntes o taumaturgos, de diversos tiempos y culturas. Sin embargo, el profeta israelita tiene características muy particulares y diferentes a otros reformadores u hombres de Estado. El profeta es básicamente un llamado por Dios a decir la verdad. En los tiempos de los reyes, junto al entramado político y social, surgen los profetas que, arrancados de sus vidas comunes, se presentan como mensajeros de Dios, hombres situados de forma absolutamente personal ante Dios. La base de la existencia profética no es una dogmática teológica, ni una táctica política, sino la fe que confía. El profeta, conciente de su nulidad humana, experimenta el llamado y la revelación en forma de visión, audición o inspiración. El profeta es impelido a ejecutar su misión, renunciando a la seguridad al pronunciar la palabra incómoda de Dios. Libre de todo vínculo institucional amonesta, examina y exhorta de manera enérgica el cumplimiento de la voluntad de Dios. Los profetas constituyen un hito único en la historia de Israel. Hacia el s. IX surgen Elías y Eliseo; y hacia los s. VIII – VII AC: Amós y Oseas del reino del norte; Isaías, Jeremías y Ezequiel del reino del Sur, y finalmente Malaquías. Los profetas exhortaron y advirtieron; amenazaron con el ocaso de los dos reinos; exigieron la conversión, arremetieron contra los cultos extranjeros, proclamaron una fe estrictamente monoteísta; y siguieron una línea de dura crítica social contra la clase alta, cada vez más rica y contra los terratenientes.

Los profetas de los s. VIII – VII son personajes solitarios comprometidos solo con Dios. Críticos radicales de su tiempo reprochan el desvío de la concepción de la “historia de salvación” del pueblo israelita, con una historia de falsa confianza en coaliciones equivocadas; una historia de fracaso, pecado y culpa. Invitan al pueblo de Israel a escoger entre el repudio y la vuelta hacia Dios y una nueva vida. También critican el culto sacerdotal, que con altares y sacrificios se mofan de Dios creyendo que pueden obtener favores en lugar de cambiar su corazón, de practicar la justicia y buscarlo en la oración. Critican la praxis jurídica de las clases altas, la injusticia, las transgresiones de funcionarios y jueces que condenan inocentes, y desamparan a huérfanos y viudas en lugar de preguntarse por el sentido y el espíritu del derecho. También critican los abusos de los comerciantes y terratenientes que han eliminado la libertad e igualdad de la época pre-estatal empobreciendo a los campesinos. Aún cuando los profetas no promueven directamente revueltas políticas, constituyen contrapesos y correctivos frente al poder político y eclesial. Aborrecen la política religiosa sincretista y la alianza del trono con el altar; así como el oportunismo en la política exterior, pronunciándose en contra de la guerra. En la mayoría de los casos son tratados como locos, ignorados, atacados, perseguidos y asesinados. El profetismo, absolutamente desprovisto de poder y confiando sólo en la palabra, sobrevivió a la monarquía y la clerecía. Todos apuntaban al gran juicio final de Dios a su pueblo. Su inconformismo representó fuerzas opuestas que no pudieron ser doblegadas, en tanto argumentaban desde el centro de la fe israelita, desde Yahvé, permaneciendo en la historia posterior.

La herencia profética perdura en las religiones abrahámicas, y comparten las siguientes características: 1) La estricta fe en un Dios único de todas las naciones; 2) la exigencia ética de la justicia, veracidad, fidelidad, paz y amor, fundamentadas teológicamente; 3) la crítica social de la injusticia e inhumanidades de personas degradadas, esclavizadas, explotadas, evidenciando la contradicción entre el culto a Dios y el descuido de los hombres. Si bien el judaísmo, cristianismo e islam son religiones proféticas, en algunos casos se ha pretendido domesticar a estos antagonistas y desvalorizar el poder de sus palabras. Así en el judaísmo se les subordinó a los maestros de la Ley; mientras que en el cristianismo fueron considerados precursores de Jesús o se usaron sus críticas contra el judaísmo. En el islam los profetas no fueron considerados, sino que todos ellos fueron reemplazados por la figura de Mahoma. Al fin de la edad de oro de la monarquía los reinos estaban separados, siguiendo caminos distintos, a veces en guerras fratricidas, y otras veces emparentados.

La crisis fundamental de los reinos se manifiesta en su desaparición definitiva. El reino del norte estuvo involucrado en permanentes guerras con Siria; mientras el imperio neo-asirio emergía como una potencia amenazadora que finalmente hizo sucumbir tanto a Siria como a Israel. Las luchas internas israelitas por el poder agravaron la situación. Cuando Israel y Damasco quisieron obligar por las armas al rey davídico de Judá a integrarse a una coalición

anti-asiria, éste, desobedeciendo el consejo de Isaías, solicitó ayuda al rey asirio, quien se anexó Galilea y Galaad en 733 AC, deportando a las clases dirigentes a Mesopotamia y sustituyéndolas por otras extranjeras. En 722 Samaría fue nuevamente sitiada y las ciudades destruidas. Se produce un nuevo exilio de la clase dirigente al norte de Mesopotamia. Los israelitas exiliados nunca más verían su tierra, y el reino del Norte desaparecería. Mientras tanto Judá, aunque política y económicamente más débil, se consideró heredero del Estado davídico, de la ideología y tradición cúlrico-religiosa; ya que Jerusalén todavía aspiraba la reunificación de los reinos. Sin embargo, Judá también pasó a ser sojuzgada por los asirios, encontrándose divinidades y cultos asirios incluso en el Templo de Jerusalén. Hacia el 639 del rey Josías instaura profundas reformas del culto, sellando una nueva alianza entre Yahvé y su pueblo y reafirmando el carácter sagrado de Jerusalén. Los sacrificios y las prácticas eclesiales se concentran en el templo, a la vez que lleva a cabo una purificación de cultos paganos y sincretistas, de sus altares, objetos e imágenes. La renovación de la celebración de la Pascua iba acompañada de reformas político-religiosas bajo el signo de la “elección” y la “alianza”. Mientras la elección apela al sentimiento religioso-nacional exclusivista y diferenciador de otros pueblos; la alianza se concretiza en las obligaciones de los preceptos recogidos en el texto jurídico codificado: “El Libro de la Ley”. Primera vez en la historia de la religión israelita un libro sagrado o revelado jugaba un rol tan decisivo.

Sin embargo, y pese a las reformas instauradas por Josías, una coalición babilónica conquistaría Asur en el 614 y Nínive en 612, ocasionando gran destrucción. En la avanzada egipcia para invadir Mesopotamia es muerto Josías. Tras la caída bajo el dominio egipcio, serían nuevamente sometidos por el Imperio neo-babilónico. En el 598 las tropas babilónicas sitiaron Jerusalén. En el 587 la ciudad sufrirá un nuevo ataque, siendo saqueada e incendiando el Templo y con él, el Arca de la alianza con Dios. Los dirigentes fueron deportados a Babilonia culminando así la desaparición del reino del sur. La independencia político-estatal del pueblo judío no se dará hasta mediados del s. XX, 2500 años después.